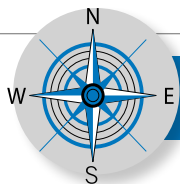


Isabel Aguilar Umaña
Richard Jones
Luis Monterrosa

◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
(Parte II)



Contrapunto

La polarización en Centroamérica: análisis y proyección (Parte II)

Isabel Aguilar Umaña
Richard Jones
Luis Monterrosa

Resumen

Hacia finales de la segunda década del siglo XXI, los países de la región centroamericana denominada CA4 (El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua) presentaban escenarios político-sociales caracterizados por la polarización difusa, con marcadas tendencias al autoritarismo y la desdemocratización de numerosos espacios y dinámicas (incluidas las electorales). En la primera parte del artículo se hicieron consideraciones generales sobre la conflictividad política y social de estos países, reflexionando en particular sobre el concepto de polarización –tanto política como social– y su aplicabilidad a la comprensión del acontecer contemporáneo de los cuatro países; también se inicia con la consideración particularizada de los casos de El Salvador y Guatemala. En esta segunda parte se proponen lecturas de lo que ocurre en Honduras y Nicaragua, cerrando con una reflexión también general sobre las posibilidades del diálogo y la búsqueda de soluciones creativas a la conflictividad que continúan siendo opciones, pero que deben replantearse sin rehuir el reto de abordar los principales temas de fondo, entre ellos, la desigualdad y la justicia (inscrita mayoritariamente como lucha contra la impunidad).

Palabras clave

Polarización política, polarización social, diálogo, desdemocratización, partidos políticos.

Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

Abstract

Towards the end of the second decade of the 21st century, the countries of the Central American region called CA4 (El Salvador, Guatemala, Honduras and Nicaragua) presented political-social scenarios characterized by diffuse polarization, with marked tendencies towards authoritarianism and the de-democratization of numerous spaces. and dynamics (including electoral ones). In the first part of the article, general considerations were made about the political and social conflict in these countries, reflecting in particular on the concept of polarization –both political and social– and its applicability to the understanding of contemporary events in the four countries; It also begins with the individualized consideration of the cases of El Salvador and Guatemala. In this second part, readings of what is happening in Honduras and Nicaragua are proposed, closing with a general reflection on the possibilities of dialogue and the search for creative solutions to conflict that continue to be options, but that must be reconsidered without avoiding the challenge of address the main substantive issues, including inequality and justice (mostly registered as the fight against impunity).

Keywords

Political polarization, social polarization, dialogue, de-democratization, political parties.

5. Honduras: ¿un aparente callejón sin salida?

En 2009, el golpe de Estado contra el gobierno de Manuel Zelaya cimbó a la sociedad hondureña, dividiéndola diametralmente en dos: quienes estaban a favor y quienes estaban en contra de este hecho. En aquella ocasión, la polarización política sobredimensionó las dinámicas sociales, llegando incluso al seno de las familias y los grupos de amigos, escindién-

dolos de maneras nunca vistas en el país. Pese a numerosas y durante un buen tiempo ininterrumpidas movilizaciones masivas, reclamos ante organismos internacionales, rompimiento del bipartidismo y elecciones amañadas y fraudulentas, las élites políticas y económicas lograron imponerse a través del uso de la fuerza y la represión. En efecto, las condiciones se dieron para que el Partido Nacional de Honduras, encabezado por el presidente Juan Orlando Hernández, llegara al poder en un primer mandato, de 2014 a 2018, y lue-

Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

go fuera reelecto para un segundo período presidencial, que habrá de terminar en 2022.

Esta etapa bien puede ser caracterizada como un ya largo período postgolpe, que se ha visto marcado por sucesivos escándalos de corrupción y por un ominoso pacto entre las élites políticas, las fuerzas de seguridad del Estado y grupos del crimen organizado, lo cual no solo ha erosionado el Estado de derecho y la institucionalidad democrática, sino que ha socavado cualquier espacio para el diálogo y la búsqueda de salidas negociadas a la crisis. La situación también ha dejado como saldo unas fuerzas opositoras desarticuladas y una ciudadanía agotada, casi exhausta, que no solo se debate entre la pobreza y la aguda violencia, sino además ha padecido catástrofes socioambientales que, como las tormentas Eta e Iota, a finales de 2020, entrañaron gravísimos saldos humanos y económicos, alejando la esperanza en las posibilidades del cambio social.

De la corrupción y la MACCIH a la polarización difusa

Diversos actores denominan criminal a este pacto entre élites, sobre todo porque la corrupción

es generalizada y se ubica en todos los niveles administrativos del Estado hondureño, lo cual le confiere un carácter sistémico. Este pacto, como podrá colegirse, es rechazado por la gran mayoría de la población; sin embargo, no se ha logrado crear un movimiento o agenda común capaz de enfrentarlo.

La Misión de Apoyo contra la Corrupción y la Impunidad en Honduras (MACCIH), creada a partir de un acuerdo suscrito entre la Organización de los Estados Americanos (OEA) y el Estado de Honduras, en enero de 2016, despertó entusiasmos iniciales, que luego se vieron refrendados. Este ente especializado logró la presentación, ante instancias judiciales, de al menos catorce casos que permitieron evidenciar cómo actores económicos, políticos, militares y religiosos hegemónicos han utilizado al Estado hondureño fraudulentamente para asegurarse beneficios.

Sin embargo, nunca logró unificar a la oposición y fue pronto desmantelada. El golpe final a este ente considerado clave en la lucha contra la corrupción fue propinado por el Congreso de la República en diciembre de 2019, cuando los diputados votaron porque se recomendara su cierre. Es claro que la



Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

experiencia de Guatemala había resultado aleccionadora para las élites hondureñas también.

Este breve pincelazo sobre las dinámicas recientes de polarización, retroceso democrático, conflicto y violencia permite indicar que, a diferencia de una polarización binaria como en el caso de Venezuela entre chavistas y antichavistas, Honduras padece más bien una polarización que en la actualidad también ha cobrado rasgos difusos, con múltiples actores y fisuras.

Por un lado, se yergue un poder político que se encuentra concentrado en manos de oficiales corruptos vinculados con el crimen organizado, quienes establecen negocios con los capitales tradicionales y emergentes que se alían y, para mantener sus privilegios, abusan del poder y reprimen cualquier esfuerzo de resistencia.

Por otro lado, se presenta una sociedad civil (oenegés, iglesias, sindicatos, pequeñas y medianas empresas) fragmentada, desgastada y sin resonancia en una población abrumada por los altos niveles de violencia y pobreza. Los partidos políticos parecen estar haciendo el juego a los primeros, sobre todo porque el partido Libertad y Refundación, creado por los seguidores

de Manuel Zelaya, no ha sido capaz de trascender formas tradicionales del quehacer político y sus representantes en el Congreso han transigido con el régimen.

Ilustra la profunda crisis partidaria el hecho de que Yani Rosenthal, quien acaba de salir de una cárcel de los Estados Unidos tras cumplir su sentencia por lavado de dinero, sea uno de los candidatos favoritos a ganar las elecciones presidenciales de 2021. Este extremo encapsula el descaro político, la erosión democrática y la desilusión de una sociedad que se siente en un callejón sin salida.

El presidente como clave de la polarización

La actual crisis política gira alrededor del presidente Juan Orlando Hernández (JOH), su relación con narcotraficantes nacionales e internacionales y la sociedad hondureña, cuya gran mayoría ha venido exigiendo su renuncia bajo la consigna «Fuera JOH». El gobernante ha sido capaz de colocar en puestos clave de las Fuerzas Armadas, el Organismo Judicial, el Congreso de la República y otros órganos de control político y administrativo del Estado a personas leales a él. Esto no solo le permitió concretar



Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

el fraude electoral en 2017, sino también le ha permitido gobernar con grandes dosis de impunidad.

Los escándalos más recientes de esta trama de corrupción, descarro e impunidad han sucedido en el mismo mes de marzo de 2021, cuando el fiscal de Nueva York presentó pruebas y testimonios relativos a que JOH ha recibido financiamiento a cambio de protección de parte de narcotraficantes que van desde Giovanni Fuentes hasta el mismísimo Chapo Guzmán.

Para algunos, esta es la última gota que se derrama de un vaso que, para otros, ya estaba suficientemente rebalsado con anterioridad. Hay quienes consideran que JOH seguirá siendo intocable mientras la misma «embajada» — es decir, la de Estados Unidos— lo proteja, o mientras cuente con electores que no quieren dejar de recibir prebendas de distinto tipo, aunque estas se valoren en unos pocos lempiras.

Hay argumentos a favor y en contra de ambas posturas pues, por un lado, ya antes de los acontecimientos en la corte de Nueva York había rechazo hacia JOH por hechos como el desfalco de unos USD 350 millones del Insti-

tuto Hondureño de Seguridad Social (IHSS) o el fraude electoral de 2017. Cabe recordar que, en el primero de estos casos, el mismo JOH reconoció haber recibido fondos provenientes del IHSS para la financiación de su campaña electoral. Este escándalo fue tan fuerte que detonó las conocidas marchas de las antorchas que, pese a ser masivas y continuadas, no lograron socavar las bases de poder del gobernante y sus aliados.

Para otros, la crisis ha llegado a tal extremo que el rechazo hacia un presidente ilegítimo se ha convertido en odio de parte de prácticamente todos los sectores. Esto significa que el conflicto se ha personalizado, enfocándose en la renuncia de JOH, lo cual no solo opaca otros temas subyacentes, sino también esconde el carácter sistémico de la corrupción y la impunidad en el país.

Más políticos, más corrupción

Además del presidente del Ejecutivo, numerosos miembros del Congreso han sido igualmente señalados por sus vínculos con el crimen organizado, sus altos niveles de corrupción e inoperancia. En efecto, entre 2014 y 2019 hubo casi cien casos de corrupción presentados al Ministerio Público que



Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

involucran a diputados y diputadas. Sin embargo, los tres principales partidos políticos (Nacional, Liberal y Libre) que dominan el Congreso no muestran ni capacidad ni interés en la renuncia del presidente, el impulso de reformas electorales o la respuesta a acusaciones de corrupción. A pesar de los casos documentados y del establecimiento de procesos en el sistema judicial, los políticos reciben su finiquito y solvencia cada año para seguir ejerciendo funciones públicas.

Uno de los ejemplos más ilustrativos al respecto de la crisis en que ha caído el Congreso es la aprobación, en 2020, de un nuevo Código Penal al que algunos han catalogado como el «Código de la Impunidad», pues reduce penas para los delitos de corrupción perpetrados por funcionarios o exfuncionarios del Estado.

Llama la atención el caso del partido Libre, liderado por Mel Zelaya y que lleva a la esposa de este, Xiomara Castro, como candidata a la presidencia. Cabe recordar que esta organización partidaria nació después del golpe de Estado como consecuencia de divisiones y choques de poder en el seno del partido Liberal. Al principio, las

diferencias de Libre con respecto al Partido Liberal y el Partido Nacional (este último, el de JOH) parecían relacionarse por las simpatías que el llamado socialismo del siglo XXI despertaba en Mel. Sin embargo, en la práctica ha podido observarse que las diferencias entre todas estas organizaciones partidarias son menos ideológico-programáticas que relativas a prácticas y liderazgos.

Si bien el primer tipo de diferencia apuntaló la polarización tras el golpe de Estado de 2009, en la actualidad parece ser que Libre se ha acomodado al statu quo. Además, Libre ha sido incapaz de encarar las demandas de sus bases y enfrentar la corrupción, o bien, acusaciones de acoso sexual y prácticas sexistas de parte de algunos de sus miembros. A pesar de su capacidad de movilizar masas, Libre no ha podido encontrarse con otros movimientos sociales y alinearlos alrededor de su agenda política.

Los otros movimientos y actores clave de la sociedad civil y el sector privado han generado algunas iniciativas para enfrentar la corrupción, sin poder lograr entendimientos entre sí o mover a los partidos o políticos para aglutinar mayor



Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

fuerza y poder. Entre estos actores se encuentran el Consejo Nacional Anticorrupción (CNA), una asociación formada para apoyar las políticas y las acciones que en la materia emprenda el Gobierno de la República de Honduras y a iniciativa propia; la Asociación para una Sociedad Más Justa (ASJ); varios movimiento de empresarios y de la Cámara de Comercio, como Patria en contra de la Corrupción, PANEL, aglomeración de asociaciones y oenegés; la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH); el gremio médico; el Colegio Magisterial y movimientos de ambientalistas e indígenas con cierta trayectoria.

Además de la falta de capacidad de construir una agenda común, las prácticas clientelistas de JOH han logrado dividirlos. Y es que, según fuentes consultadas, JOH ha usado fondos del Estado para corromper al gremio médico o al Colegio Magisterial; también ha amenazado a la UNAH con la idea de quitarle el 6% del presupuesto del Estado que por ley le corresponde. Frente a las demandas de ambientalistas y comunidades indígenas, la respuesta ha sido la represión: en efecto, más de 120 ambientalistas han sido asesinados (incluyendo a cuatro personas

de la comunidad garífuna, esto último, en julio de 2020).

Otros actores destacables: Fuerzas Armadas e iglesias

Los otros dos actores clave a lo largo de esta crisis son las fuerzas de seguridad pública (policía y Fuerzas Armadas), las cuales han sido usadas para reprimir la protesta y la movilización social, atacar a defensores y defensoras de DD. HH., periodistas y operadores de justicia que no se pliegan al régimen, facilitar acciones del narcotráfico y reprimir a pandillas o miembros rivales del crimen organizado.

Según algunas fuentes consultadas, resulta notable que, mientras en ocasiones la policía se ha rehusado a participar en la represión de las movilizaciones sociales, su imagen está muy deteriorada, lo cual contrasta con el hecho de que al ejército se le perciba como una institución que mantiene el orden, es efectiva y es de las pocas instituciones funcionales en el país. Es notable que hace escasas semanas unos diez oficiales criticaron abiertamente la actuación de las Fuerzas Armadas y sus relaciones con el crimen organizado; sin embargo, luego de este hecho fueron dados de baja. También cabe des-

Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

tacar que no hay iniciativas de diálogo con estos sectores, dadas las percepciones de la sociedad civil sobre su actuación.

Con respecto a las iglesias, es importante mencionar que en Honduras las iglesias evangélicas ya tenían gran influencia en diversas instituciones del Estado, aunque la llegada de Capitol Ministries contribuyó a fortalecer esta situación, sobre todo cuando el presidente los invitó a dar cursos bíblicos a unos 40 de los 128 congresistas.

Por otra parte, como representante de la Confraternidad Evangélica de Honduras, el pastor Oswaldo Canales firmó, en 2018, un convenio marco de cooperación y asistencia técnica con la Secretaría de Desarrollo e Inclusión Social (SEDIS) que algunos estiman en varios millones de dólares. Ese año, el mismo pastor fue invitado por JOH a formar parte de una comisión especial encargada de introducir reformas en el sector salud. Además de ser contratista importante, esa iglesia también participa en el impulso de políticas públicas antiabortivas y anti comunidad LGTBQ+, y sus acciones refuerzan la idea de un nosotros cristiano, socialmente conservador y antiprogresista contra estos otros grupos.

Como puede observarse, varios son los actores de esta compleja tensión en cuyo centro parece estar el tema de la corrupción y la captura del Estado por parte de grupos del crimen organizado. Esto es clave porque la economía de Honduras depende en gran medida del Estado y los contratos e inversiones que este provee.

Al momento de escribir este artículo, parecía que las redes político-clientelares de los diferentes partidos estaban a la expectativa con respecto a la actuación de la nueva administración de los EE. UU. para ver cómo reaccionar, aunque para muchos actores consultados, ya al borde de la desesperación, nada cambiará de fondo en el país. Ello no es poca cosa, sobre todo porque uno de los temas más relevantes en la política de aquel país es el tema de la migración.

En los últimos años, el número de emigrantes hondureños ha aumentado; como se sabe, los flujos migratorios se dirigen especialmente a Estados Unidos (81.93%), seguidos de lejos por quienes buscan España y México como países de destino (7.21% y 1.91%, respectivamente). Se calcula que diariamente salen 300 hondureños y, cuando lo hacen en caravanas, los



Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

números se cuentan en miles de personas a la vez. Cabe recordar que la primera caravana migrante salió en 2018, precisamente empujada por la crisis política hondureña ocasionada por el fraude electoral. También es importante referir que esta problemática afecta a países vecinos, especialmente a Guatemala y México, alimentando los discursos de «nosotros contra ellos» —ellos siendo los migrantes y nosotros siendo los nacionales en cada país de tránsito y destino—.

Pobreza, migración y violencia

Así las cosas, además de los elevados niveles de corrupción y migración, Honduras enfrenta otros tres grandes desafíos subyacentes que pueden seguir presentando razones para la confrontación y la polarización, actualmente difusa: la pobreza, la violencia y la lucha por el control de la tierra y los territorios.

En cuanto a la pobreza, cabe indicar que el Foro Social de la Deuda Externa y Desarrollo de Honduras (FOSDEH) estimaba que, para finales de 2020, cerca del 70% de la población alcanzaría niveles de pobreza. Esto quiere decir que, en

2021, tres de cada cuatro hondureños son pobres. En este sentido, es preciso resaltar que las personas entrevistadas para esta investigación exploratoria señalaron constantemente que los tres temas más preocupantes para los y las hondureños son la pobreza, el desempleo y la violencia. Se debe agregar al primero de ellos un altísimo nivel de desigualdad (con una clase media que solo representa un 11% de la población, según el Banco Mundial), fenómeno cuyo rasgo fundamental es constituir un reto para la democracia y el Estado.

Con respecto a la violencia, es preciso recordar que Honduras sigue presentando una de las tasas de homicidio más altas del mundo, estimada entre 37 y 40 por cada 100 mil habitantes. Numerosos expertos han señalado que las pandillas y el crimen organizado ejercen un fuerte control territorial, de manera que hay colonias y barrios completos en los cuales ni los aparatos de seguridad del Estado se atreven a ingresar.

Finalmente, los conflictos, violaciones de DD. HH. y violencia alrededor de proyectos extractivos y de infraestructura (como represas, turismo en la costa atlántica) configuran la amalgama compleja que

Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

da pie a uno de los temas fundamentales que divide a la sociedad hondureña, sobre todo porque en él se ve representada la continuidad de las élites económicas cuya connivencia con el crimen organizado y la clase política es cada vez más evidente.

Por ello la gran cantidad de ambientalistas, defensoras y defensores de DD. HH., periodistas y otros actores locales que se atreven a denunciarlo han sido asesinados en los últimos años. Esto afecta a comunidades garífunas y de los pueblos originarios, que enfrentan desalojos y expropiación de sus tierras y territorios. Si a esto se agrega la degradación ambiental y fenómenos como sequías y huracanes, los temas de tierra y medioambiente se imbrican como problemas de fondo que están en la base de numerosos conflictos, con alto potencial de continuar polarizando a la sociedad del país.

Entre el callejón sin salida y la desesperanza: tendencias de cambio

A la corrupción y el impacto de las tormentas Eta e Iota, la población hondureña ha debido añadir en 2020 y lo que va de 2021 el robo descarado de la ayuda humanita-

ria que llegó al país para atender los impactos de la crisis ocasionada por la pandemia de COVID-19. De esa cuenta, entre los desastres naturales, la caída económica y la desocupación no solo hay desconfianza, sino también odio hacia la clase política.

En este contexto, si bien hay limitados espacios de diálogo para la solución de los conflictos y hay construcciones discursivas relativas a un «nosotros versus ellos», esto no parece debido a una polarización sociopolítica, sino más bien se presenta como la resultante de procesos de cooptación de espacios y poderes públicos por parte de políticos corruptos, que han favorecido la captura del Estado por el crimen organizado. Estos procesos erosionan claramente el estado de derecho y la institucionalidad democrática.

Otro ingrediente que alimenta ese mismo tipo de discurso se refiere al accionar de maras y pandillas, el cual también crea narrativas de nosotros contra ellos, aunque esto es igualmente producido y reproducido a partir de la dinámica de resistencia/represión alrededor de los ambientalistas y grupos de indígenas y afrodescendientes, por un lado, y las industrias extractivas, por el otro.



Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

En este caso, hay miembros de las comunidades que, como consecuencia de los pavorosos niveles de pobreza en que viven, ven en las industrias extractivas y las prebendas que reciben de parte de los operadores políticos corruptos una tabla de salvación; la decisión, para ellos, es sencilla: evitar morir hoy. El mañana de todas maneras siempre ha sido incierto.

En este sentido, una discusión enfocada únicamente en la institucionalidad democrática puede limitar el entendimiento de la conflictividad, sus efectos en la población y las posibles soluciones y acciones a tomar. Mientras los impactos en la democracia pueden abordarse mediante diálogos políticos, las vivencias en torno a las violencias, el hambre y la desilusión requieren intervenciones de otro tipo para construir confianza, construir/reconstruir relaciones dentro de grupos afines y entre grupos y, a la vez, satisfacer necesidades humanas básicas cuya urgencia cobra matices humanitarios.

6. Nicaragua: Ortega-Murillo y la polarización

Los sucesos de abril de 2018 abrieron un período de protesta contra el gobierno de la pareja presidencial Ortega-Murillo, que terminó de colocar al país adentro de los parámetros propios de la polarización política y social. El descontento contra el régimen llegó a extremos de exaltación en esa fecha, generando numerosos episodios de violencia y violaciones a DD. HH., algunos de los cuales han sido documentados.¹ La polarización, si bien es heredera del pasado, fue alimentada por las reelecciones de Ortega y, ahora, de Rosario Murillo, de manera que los sucesos de abril de 2018 representan la cúspide de un continuum de descontentos acumulados.

El panorama de los intereses reales que subyacen en la crisis se presta a versiones muy divergentes (como en todo conflicto) que se encuentran, incluso, entre actores

1. OEA/CIDH (21 de junio de 2018). Graves violaciones a los derechos humanos en el marco de las protestas sociales en Nicaragua. Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

<https://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/Nicaragua2018-es.pdf>



Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

que podrían considerarse como parte de las voces «cuerdas» en escenarios de polarización. Lo que es claro es que numerosas personas con las que se habla «en el alero de la confianza», señalan abuso de poder de parte de operadores del régimen y el ejercicio recurrente de prácticas violentas e intimidatorias por parte de la policía y de los llamados parapolicías, lo cual está instaurando un clima de gran desconfianza entre sectores, así como de miedo y ruptura del tejido social.

Cabe decir que también hay señalamientos de prácticas violentas del lado de la oposición. En todo caso, una de las demandas ciudadanas de mayor consenso es la realización de elecciones libres (lo cual es positivo en el sentido de que la salida a la crisis se está tratando de generar por la vía electoral).

Ortega-Murillo vs. Resto del mundo

Desde el punto de vista de la conflictividad, los polos están identificados: por un lado, el gobierno de los esposos Ortega-Murillo, presidente y vicepresidenta, el aparato del Estado y la militancia de línea dura del Frente Sandinista para la

Liberación Nacional (FSLN), partido en el poder. Por otro lado, se constituyó, a partir de los sucesos de abril, una especie de «Resto del mundo» que, hoy por hoy, aparece con tendencia a la fragmentación, de manera que es viable cuestionar la existencia real de un segundo polo.

Por supuesto, es constante el polo que podríamos denominar autoritario-gubernamental. En términos generales, el polo que hemos denominado como «Resto del mundo» nació en abril de 2018 de una serie de protestas diversas convergentes en el tiempo, coincidentes en el protagonismo urbano y juvenil, a partir de temas como los ambientales y las pensiones, con un carácter espontáneo, pero que supo articularse hasta convertirse en una protesta generalizada como respuesta a la reacción desproporcionada del régimen que leyó los acontecimientos en clave golpista. De ese modo se articuló un movimiento social de autoconvocados que, junto con las fracciones políticas, enarbolaron banderas contra el caudillismo de los Ortega-Murillo y la demanda de más democracia electoral y respeto a los DD. HH. (sobre todo, los civiles y políticos, aunque la crisis ocasionada por la pandemia está



Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

ocasionando descontentos relacionados con el sistema de salud del país).

La sobrereacción del Gobierno frente a las protestas urbanas juveniles, muy focalizadas y específicas, convirtió al movimiento espontáneo en un intento de frente nacional que se pretendía alternativo a la dupla Ortega-Murillo, en un escenario que reconectó con las luchas antisomocistas de finales de los años setenta del siglo pasado. Sin embargo, este polo ha ido debilitándose progresivamente, tanto como efecto de la represión y el control estatal, como por las mismas contradicciones internas, más evidentes cuando se acercan las elecciones presidenciales previstas para noviembre de 2021.

Ante los comicios, aunque podría ser factible una candidatura única para enfrentar la reelección de los Ortega-Murillo, es posible distinguir tres opciones: primero, los más pragmáticos apostarán por una salida tenue, de modo que gane quien gane en la contienda política y electoral, puedan salvar su lugar y posición; segundo, los que anhelan una derrota de Ortega, pero no necesariamente una redefinición del escenario político, se veían entusiasmados por el anuncio de Cristiana Chamorro por una posible candidatura, so-

bre todo por lo que simbólicamente significa (su padre, Pedro Joaquín Chamorro, fue un destacado antisomocista cuya muerte terminó por aglutinar la lucha de las diversas fuerzas sociales que tomaron el poder el 19 de julio de 1979; su madre, Violeta Chamorro, es la persona que derrotó la primera vez a Ortega en 1990); y, tercero, la emergencia de alternativas más consistentes con un historial social de sandinismo sin Ortega, como sería el caso del extinto Movimiento Renovador Sandinista (MRS), conocido en la actualidad como UNAMOS.

La aspiración del poder perpetuo de Ortega y las deudas de la revolución

Actualmente es posible determinar un eje de confrontación expresado como Ortega Sí – Ortega No. Ortega, en particular, representa para las partes en conflicto lo que queda de la Dirección Nacional del FSLN de los años ochenta que lideraron las transformaciones sociales y económicas impulsadas por la Revolución sandinista.

Ortega ha sabido granjearse la fidelidad de los cuadros de lo que queda del FSLN y convertirlo en una maquina territorialmente eficaz para la movilización y que,

Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

junto con la Policía, constituyen su fuerza fundamental, más allá del impulso de los programas sociales que el boom que el Bloque del Alba, auspiciado por el petróleo venezolano, permitió desarrollar.

Pero también representa la figura corruptible del poder desde la piñata de los años noventa, el reparto de prebendas e inmuebles tras la derrota de las elecciones de 1990, la alianza con lo más rancio del liberalismo en la figura de Arnoldo Alemán, y la construcción de lo que algunos se dan en llamar el *sultanato nicaragüense*, no solo por medio de la reelección indefinida, sino por el hecho de colocar a su esposa en la Vicepresidencia y a sus hijos en empresas y puestos clave.

Ahora bien, más allá de la actualidad de esta dicotomía Ortega Sí-No, persisten dos grandes temas subyacentes que en realidad son la infraestructura esencial de la polarización actual. Los diversos actores comienzan a preguntarse unos a otros, como en una especie de clasificación, «¿dónde estabas en los ochenta?», con lo

cual se etiquetan posiciones (orteguistas, chayistas,² sandinistas). Más allá de la identificación para la descalificación o la exclusión, se trata de establecer un indicativo de asuntos políticos y económicos no resueltos alrededor de la revolución como acontecimiento: la transformación agraria, la expropiación, pero también la vuelta del gran capital, la guerra de contra-insurgencia, el servicio militar patriótico, las heridas y el trauma no resueltos, entre otros.

En segundo lugar, diversas personas señalan el grave problema de desigualdad económica: una problemática crónica para la región (aunque en estos momentos el tema no parece estar en discusión de forma explícita, sobre todo por la quietud del gran capital en medio de la polarización). Sin duda alguna, los Ortega-Murillo han sabido establecer las alianzas pertinentes con el gran capital —nacional y regional—, mientras la oposición pretende representar al mismo gran capital. La estrategia del clientelismo político ha sabido de cierta manera apaciguar este tipo de contradicción, pero no se-

2. Al interactuar con personas de diversas procedencias sociales, algunos dicen «Yo soy sandinista», como señalando que se adscriben a una escala axiológica de izquierda auténtica, y rematan «Pero no soy orteguista». La vicepresidenta, cuyo nombre recibe popularmente el apelativo «Chayo», también tiene sus propios seguidores, a los que se denomina «chayistas».

Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

ría extraño que, dependiendo de la evolución de los términos de la polarización, este tema pueda convertirse en un eje importante. Después de todo, a lo largo de 2018 las luchas locales de los grupos que levantaron barricadas en diversas ciudades se identificaban en sí mismas más con el «pueblo bajo, municipal y espeso» —como dice un verso del poeta nacional Rubén Darío—, que con las polarizadas luchas de las élites.

Las elecciones de noviembre

Si descontamos el posible eje vertical de polarización de la desigualdad, es muy probable que el actual clima de polarización mengüe a partir de los resultados de las elecciones presidenciales de noviembre de 2021. Por un lado, porque se resolvería mediante consulta popular —dentro de los límites siempre defectuosos de la democracia electoral, con sistemas de partidos políticos débiles y clientelares y un electorado desconfiado y poco conocedor de las dinámicas propias del Estado— la disyuntiva principal de Ortega Sí-No, lo cual conduciría a una leve desmovilización de los ánimos, al menos temporalmente.

Si Ortega gana, la oposición terminaría de fragmentarse al sepa-

rarse las facciones más pragmáticas y al retirarse el apoyo del gran capital que, en todo caso, estaría más dispuesto a apoyar indirectamente al gobernante electo. Si Ortega pierde, es probable que presenciemos una repetición de los años noventa, con una probable piñata y con un probable pacto reeditado como el que se estableció con Arnoldo Alemán, a la espera de la vuelta al poder.

Por supuesto, esto no anulará en nada los asuntos no resueltos que vienen desde los años ochenta del siglo XX en cuanto al desempeño de la Revolución sandinista, la necesidad de juzgar excesos en el poder y la represión del último trienio y, mucho menos, resolverá la gran división social originada en la desigualdad, aunque podría disponer de un escenario más estable para abordar los asuntos estratégicos.

Mientras tanto, escenarios de acercamiento y diálogo social, fuera de las fuerzas políticas en contienda, parecen ser poco probables en un clima de miedo, suspicacia y profunda desconfianza ciudadana.

De acuerdo con actores consultados, la profundización de un trabajo en favor de los principios democráticos, la deliberación, el ejercicio honesto del diálogo

Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

como mecanismo para la transformación de conflictos, y el abordaje psicosocial de traumas y heridas no resueltas, pueden ofrecer algunos caminos para la recomposición del tejido social. Estos actores ponen alguna esperanza en las personas jóvenes y en las comunidades rurales; lo demás, señalan, parece estar perdido.

7. Ensayo de interpretación regional

A diferencia de otras temáticas comunes

s, como la migratoria, por ejemplo, la problemática de polarización no es homogénea en sus raíces y matices. Sin embargo, es posible explorar algunos puntos y contrapuntos desde una visión regional.

Polarización difusa

Al conceder que la polarización puede ser habitual en el ámbito político y su cultura, se concede también que aquella siempre supone la existencia de dos polos fundamentales. Sin embargo, observamos en la región una cierta tendencia a una especie de polarización poco clara a la que hemos denominado *polarización difusa*, en el sentido de que uno de sus polos pierde energía debido a la

fragmentación, las contradicciones internas, o las dinámicas político-electorales propias. Esto no significa que existan altos niveles de confrontación en el límite de la violencia, sino que propiamente hay un polo fuerte y uno débil.

Así, por ejemplo, no es posible visualizar polos opositores relativamente sólidos en Honduras o Guatemala con capacidad de enfrentar al *statu quo*, si bien diversos actores entrevistados insisten en la existencia de una sociedad polarizada o, incluso, en extremo polarizada (incapaz, por ejemplo, de sentarse a negociar o incluso a establecer una charla informal con los actores denostados).

En el caso de Nicaragua y El Salvador, los polos opositores han tendido a debilitarse, sea por las técnicas de represión, o por contradicciones internas partidarias. Este es el caso de la candidatura única o separada en las elecciones de noviembre de 2021 en Nicaragua, la falta de afinidad en la identidad ideológico-partidaria entre ARENA y el FMLN en El Salvador, o el conjunto de la oposición nicaragüense. El resultado de las elecciones de febrero de 2021 en El Salvador contribuye a un descenso de la tensión, así como a una posible fragmentación de «la



Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

oposición», lo cual también puede llegar a ser el caso de Nicaragua después de noviembre de 2021, articulándose, de esta manera, extremos difusos de polarización.

Desigualdad como base material de la polarización

La diversidad de matices y temas que caracterizan la polarización política en los cuatro países analizados tiene, con todo, una polarización esencial de base común: la desigualdad, la cual constituye la base material de la diversidad de expresiones polarizadas y polarizantes.

Cómo se articulan las luchas entre sectores de poder y contrapoder determina, en última instancia, la polarización política. El caso más patente puede ser el de El Salvador, frente a una Guatemala conservadora, o un FSLN en Nicaragua que institucionalizó el cambio social en forma de caciquismo político que pacta pragmáticamente con la oposición. El Salvador pasó de un enfrentamiento de más de 30 años caracterizado por el típico enfrentamiento de izquierda versus derecha, a un tipo de enfrentamiento que pretende redefinir la política con la bandera de la desigualdad en una mano, sin que

esté claro, por el momento, qué bandera se tiene en la otra.

Narrativa polarizadora binaria

En todos los países se observan, sin embargo, narrativas polarizadoras de pretendido carácter binario que, magnificadas por el acceso a los medios digitales de información y a las redes sociales, están construyendo escenarios de tensión y conflicto en los que no se descarta la violencia.

En El Salvador, la posición del presidente es la típica de un ellos (los que me critican y, por consiguiente, son del grupo de los políticos tradicionales) versus nosotros; en Guatemala, las tensiones se han cimentado en torno a la lucha contra la corrupción («Pacto de Corruptos» versus quienes en su oportunidad defendían a la CICIG y ahora se aglutinan en torno a la defensa de los muy escasos espacios claramente anticorrupción que todavía existen, alineados a figuras personales, más que a instituciones).

En Nicaragua, la dupla se define por las opciones Ortega Sí-Ortega No, sin que esté claro hacia dónde



Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

se decantaría una eventual ausencia de la pareja presidencial en el poder. En donde el panorama es más difuso es en Honduras, donde por ahora las fuerzas parecen concentrarse en el rechazo visceral a la figura del presidente, en lo que para algunos es claramente un narcoestado de carácter inviable.

Autoritarismo y polarización

En este marco, debería poder distinguirse entre escenarios polarizados o polarizantes y escenarios autoritarios, evitando que el análisis de uno sustituya al otro. En los cuatro países hay, sin duda, escenarios autoritarios con mayor o menor presencia de las fuerzas armadas, pero, como hemos dicho líneas arriba, con cierta tendencia a polarizaciones difusas. Tanto por polarización como por tendencias autoritarias, los cuatro países tienen su propio historial que no por eso debe despreciarse, sino que debe leerse en su debido contexto.

Así, Costa Rica, reconocida como la Suiza Centroamericana, con una apacible democracia con altos niveles de participación electoral, al menos en los comicios presidenciales —en contraste con los municipales, donde la participación es sorprendentemente baja—, también se resiente internamente

debido a su propia polarización. En todo caso, la inclusión de las fuerzas armadas como expresión máxima del autoritarismo puede llegar a constituir la solución última de frente a mayor tensión.

8. ¿Hacia dónde habría que dirigir los esfuerzos?

Sin duda, el horizonte habría de ser aquel que contemple tanto el problema del autoritarismo como el de la polarización. Por un lado, esto implica el fortalecimiento de la cultura de la participación frente a una democracia que reduce todo a elecciones; por el otro, el fortalecimiento del diálogo y el abordaje creativo de los conflictos.

De ordinario se han procurado soluciones que, partiendo de una visión negativa del conflicto, han medido la polarización como la distancia entre las dos propuestas en litigio, concibiendo el mejor de los mundos como el acercamiento de los proyectos, lo cual es aún más positivo si se concibe como la existencia de un «centro democrático» que, por lo general, ha actuado más hacia la derecha, desfavoreciendo la inclusión de las mayorías, quienes siguen sin tener acceso al disfrute del bien común.



Isabel Aguilar Umaña ◀ La polarización en Centroamérica: análisis y proyección
Richard Jones (Parte II)
Luis Monterrosa

Por ello, dicho centro democrático fácilmente puede obviar la base material de la desigualdad.

Por otro lado, generar entendimientos entre cúpulas y apurar las estructuras de diálogo y negociación, si bien constituyen estrategias que podrían desterrar el juego rudo en política, suponen el peligro de entronizar un pragmatismo político oportunista que buscaría solo acomodarse al juego democrático sin cambiar nunca las estructuras. De ahí que, a largo plazo, sería importante generar estructuras de participación y de diálogo desde abajo, de modo que este impacte no solo las bases de los partidos políticos, sino también al movimiento social.

Para que esto sea eficaz resulta imprescindible que el diálogo arribe a acuerdos cuya implementación pueda garantizarse, pues de lo contrario el diálogo mismo como mecanismo de ejercicio participativo democrático estaría erosionando su legitimidad, lo cual resulta sumamente peligroso en países con tendencias autoritarias y violentas en el ejercicio del poder.

El trabajo desde abajo, por su parte, es más afín a la vieja idea de Ignacio Ellacuría relativa al fortalecimiento de una tercera fuerza, siempre y cuando ésta no se entienda como mero centro político, ni como mero mediador. Se trata de una fuerza más social que política, es decir que no necesariamente deviene en partido político, pero con la base y la astucia requeridas para desentramar la polarización en los puntos sustantivos.

En los años ochenta, el tema estratégico era el de la búsqueda de la salida negociada al conflicto armado, un tema que tanto la izquierda como la derecha se rehusaban a considerar. En plena segunda década del siglo XXI, el abordaje de la desigualdad y la justicia (o su variante, la lucha contra la impunidad) sigue a la orden del día.